

La NIÑA LEAL triunfó cuando tenía 6 años, y no se le ocurrió formar

PARA MILAGROS ES IMPORTANTÍSIMO EL FACTOR SUERTE. SE COMENTA CON ALEGRIA EL ESTRENO DE «SUCEDIO COMO EN EL CINE»

—Milagros, ¿a qué edad empezaste tu carrera artística?

—A los seis años, con un papel muy gracioso, de «El refajo amarillo».

—¿Y te aplaudieron mucho?

—Mucho. ¿A qué negártelo?

—Oye, ¿y no se te ocurrió formar?

—¡Hombre!...

—Comprendido.

Ella no se sintió impaciente ni precoz, y prefirió seguir obedeciendo a sus maestros, de quienes habla con fervorosa gratitud: de aquella otra madrileña que se llamó Loreto Prado, tan presente en Milagros en muchos de sus tipos y modales, y —en otro tono— de aquel gran director que fué Martínez Sierra.

De todo, de su brillante carrera artística, elaborada a pulso, queremos que nos hable, pero reconocemos que hemos elegido mal momento. Es noche de estreno, y los pasillos del escenario del Gran Vía, en el que Josefina Carabias se ha bautizado como autora, con su comedia «Sucedió como en el cine», rebotan de gente alegre y conmovida. Brillan los ojos de contento. Enherabuenas, satisfacción, sinceridad, júbilo. Se había ganado la batalla gallardamente. Y, es claro, Milagros Leal, madrina y protagonista del suceso, participa del bullicio y del triunfo.

Afortunadamente, hay más días que dinero. En efecto, al día siguiente, Milagros entró al fin en vereda. «¿Intimidada de actriz?» ¡Uf! A borbotones. «Es todavía muy joven; pero como nació —podría decirse— en el teatro, su vida es «vieja» a fuer de intensa, y está repleta de episodios; naturalmente, entre agradables y agridulces, porque en las interioridades de la farándula también hay habas que cocer.»

—¡Ea! ¡Muera lo antipático, Milagritos! En tu carrera hay mucha luz.

—Según vosotros. Yo nunca estoy contenta de mi labor, salvo en los momentos de triunfo, y esto, principalmente, por si he contribuido a beneficiar a otros.

—Magnífico. Háblanos ahora de tu mejor impresión artística.

—Esa es siempre la última.

—Muy generoso; pero...

—Hombre, siempre hay algo que sobresale.

Y nos recuerda un episodio emocionante. Ella, en verdad, nos lo refiere modestamente, quitándole importancia, cuando la tuvo en grado decisivo. Se presentaba en Buenos Aires, por vez primera, la compañía de Martínez Sierra, compuesta toda ella de valiosísimos elementos.

—¡Ay! —nos dice en esto Milagritos—, yo estaba muerta de miedo. La representación iba avanzadísima. Habían pisado ya la escena los principales de mis compañeros, entre los que yo figuraba como damita, y la impresión del público era fría, de decepción. Yo todavía no había sa-



MILAGROS LEAL

lido; pero yo no importaba, mi intervención era pequeña. Aquello parecía terrible. Lo percibíamos todos con horror. ¡Ay! Pero me dieron la orden de salida, y me olvidé de todo. ¡Al toro!

«¡Al toro!», sí, como es costumbre en Milagritos, cuyo temperamento asusta, y el frío

se hizo fuego, y la ovación le vibra aún en el corazón. Su valentía, sencillamente, decidió a favor de todos la temporada.

—¿Qué teatro de Madrid tiene para ti mejores recuerdos?

—Sin duda, el de la Comedia, donde a mi regreso de América me presenté como primera actriz, «pegando» durante varios años, y donde conocí, para mi bien, al gran actor que es mi marido.

—Por muchos años.

—Y siempre dando guerra, ¿no te parece?

—En el sentido que lo dices, sí.

Nos cortan unos señores que llegan, decididos, a convencer a Milagros para que trabaje en una película.

—¿Pero te gusta el cine?

—Mucho.

—¿Y renunciarías por el al teatro?

—Eso es imposible. El teatro es sustancia mía. Al teatro le debo cuanto soy, y, por él era poco, tengo en él a mi hija Amparín, de quien espero mucho, mucho.

—Y nosotros, Milagros.

—Puesto que ella lo quiso, ¡que Dios nos oiga!

José TELLEZ MORENO